

sonrisa. Otro día, sentado en su trono, circuido de católicos fervientes, con las manos agitadas por sacudimientos nerviosos como si despidiera fulminantes rayos, y los lábios hirvientes con borbotones de encendidas palabras, grita: no me abandoneis, hijos míos, no me abandoneis. No, no, responden todos. Los que prometen no abandonarle ¡ah! no le abandonan. Yo los he visto ir, el corazón de entusiasmo henchido, la voluntad resuelta á la muerte, en pos de ese fantasma, para ofrecerle heroicamente la vida y sucumbir peleando al pié de su altísimo trono, con la fé de los cruzados, con la abnegacion de los mártires. El mundo los ha visto pelear y morir, luchando con los soldados de la libertad en lucha desigual, como los antiguos con el destino. ¡Ah! No le abandonaron. Cumplieron su palabra. Pero le abandonó el espíritu del siglo, y cayó desplomado de su trono, como los más vulgares tiranos.

Pero había más. Con motivo de uno de esos aniversarios tan frecuentes en la Roma católica, el sacro Colegio se presenta al Papa y el cardenal Patrizzi le dirige arrobado y extático un discurso fervoroso. En él, adelantándose á las decisiones del Concilio, atribuyéndose una representacion de todo en todo usurpada, promete al Papa la declaracion de Infallibilidad en justo pago de las declaraciones hechas por el Papa en favor de la Inmaculada Concepcion de María. No es posible decir qué nos extraña más aquí si la ambicion del Papa ó la irreverencia del Prelado. Decia un afeio que los dioses eran la inspiracion interior del alma como la musa de Homero; ó la sombra del hombre, proyectándose en el cielo. Así, añadía, los etíopes, que son negros, hacen tambien negros á sus dioses. Los cardenales de Roma, como los etíopes de Africa, hacen del Dios que no cabe ni en los espacios ni en los tiempos, del Dios que ha creado con su palabra el Universo é infundido en nosotros el espíritu más grande y más bello aun que el cielo mismo, de ese

Dios, sumo bien, suma hermosura, ideal perfecto de la vida, sér en sí absoluto, una especie de canónigo bonachon y prosáico, sujeto á nuestras debilidades y miserias. Toda esa divinizacion de la madre de áquel que no tuvo principio ni tendrá fin, es pura idolatria fetichista, buena para las islas del Archipiélago asiático, impropia de nuestra civilizacion y de nuestra cultura. Y el Papa estaba aquel día de buen humor y la dió trás los charlatanes del Concilio como si él no hablara más que nadie, y les echó en cara que se iban al mundo y se olvidaban del Papa á quien debian sus sillan, sus lucros y sus honores. De suerte que todo aquí era cuestion de agradecimiento, como si dijéramos, cuestion de compadres. La Virgen María, agradecida al regalo de la Inmaculada Concepcion, respondia con el regalo de la Infallibilidad, y los obispos nombrados ó confirmados por el Papa, debian agradecerle todo esto alzándole sobre sus cabezas y sobre sus mitras como á rey absoluto.

Los obispos oposicionistas, á pesar de estas grandes amenazas luchaban con verdadero vigor. Doloridos, apenados, presintiendo todas las dificultades próximas, compendian breve y sencillamente en cláusulas llamadas postulata los argumentos contra la Infallibilidad. Presidia á la redaccion de estos proyectos un arzobispo eminentísimo, devoto al Papa, autor de uno de los monumentos más ultramontanos de nuestro tiempo, el autor del Concordato austriaco, el cardenal Raucher, arzobispo de Viena. Asociábase á esta manifestacion con todo el episcopado aleman, que más alejado de Roma y más cercano á los grandes poderes directores de la Europa del Norte, preveian con ojo avizor y certero las inmensas dificultades de la Iglesia, próxima á caer por el error de la Infallibilidad bajo la férrea férula del Imperio. La verdad es, que los obispos de la oposicion representaban la mayoría de la Iglesia, puesto que representaban aquellas ciudades de

influencia decisiva y de poder omnímodo en el mundo. París, Orleans, Viena, Munich, el mismo Berlin, eran el núcleo del episcopado europeo, del episcopado que veia los grandes conflictos y que trataba de evitarlos. El alto clero de los diversos pueblos tenia allí diverso carácter. El clero italiano se ligaba naturalmente al Papa en la conviccion de que la supremacia de este es la supremacia de Italia sobre el mundo religioso. Nuestro clero más papista que el Papa, estaba decidido al sacrificio, al suicidio, sin que nadie le anduviera á la mano, sin que nadie le molestara, pues apenas la opinion se curaba de la grande Asamblea católica absorta en oír á su Asamblea constituyente y helada por una antigua indiferencia religiosa. Los obispos americanos apenas podian conocer las dificultades del nuevo dogma, ora porque en el Norte reina la separacion completa entre la Iglesia y el Estado, ora porque reina en el Sur nuestra misma indiferencia. Los vicarios apostólicos, los obispos *in partibus* que formaban la mayoría numérica del Concilio, eran naturalmente los más devotos al Papa y los más propios para falsificar la voluntad de la Iglesia. Y una sencilla reflexion es bastante á probar la profunda verdad de este aserto. Leia yo en uno de esos libros que sirven para ejercitarse en la traduccion allá en los institutos y colegios que una vez cierto Papa nombró en una de sus asambleas rey de Jerusalem á noble infante de Aragon; y que el infante, agradecido á tal dignidad, se levantó, é inclinándose profundamente en presencia del pontífice y sus preladados, dijo estas palabras: Señores, el Papa me ha nombrado á mí rey de Jerusalem, yo, en justo agradecimiento y reciprocidad, nombro al Papa califa de Bagdad. Lo cierto es que los obispos *in partibus*, los vicarios apostólicos son por el Papa nombrados, para sedes lejanas, alzadas bajo el dominio de príncipes infieles y hasta de tribus antropófagas, donde jamás podrian ni dar una bendiccion, ni recibir un ex-voto. A veces

esos obispados son tan fantásticos que ni siquiera en la geografia existen. Redúcense á distinciones honoríficas, á prelaturas ideales, que permiten darse los aires de obispo sin tener ni los emolumentos, ni las cargas de la Iglesia. Ningun poder político influye en su nombramiento, ninguna necesidad religiosa lo exige. El Papa los aumenta á medida de su capricho y ellos permanecen siempre fieles al Papa. Muchos escritores y prelados de la oposicion demostraban la flaqueza moral de un Concilio compuesto en su mayoría de cortesanos y familiares del Papa. Mr. Veullot se indignaba con profunda indignacion, y decia que esos obispos eran los más meritorios, los más sagrados, los más henchidos del espíritu divino, los que recordaban la vida de las Catacumbas y la edad épica del Cristianismo, los que iban al seno del desierto, á los bosques inexplorados é inexplorables á llevar el rocío de la fé, y á traerse muchas veces en cambio las cicatrices de la persecucion, víctimas inmoladas en los altares de los sublimes sacrificios. Pero luego, cuando se encontraba frente á frente de un obispo galicano, como por ejemplo Monseñor Maret, obispo de Sura, nombre que no se encuentra ni siquiera en el Diccionario universal de Historia y de Geografia de Mr. Bouillet, que tiene la aprobacion del Consejo de Instruccion pública del Ministerio, del arzobispo de París y de S. S. el Papa Pio IX, cuando se encontraba en frente de un obispo así, bien sabia en su estilo pintoresco á la manera de la piel de una serpiente por lo flexible y lo vistoso, burlarse con burla digna de resonar en el café ó en el boulevard, del obispo y del obispado. Así las quejas contra los oposicionistas y las acusaciones eran innumerables. Unas veces les llamaban allá en el Vaticano, «perros sin dientes y sin lengua, perros que ni morderian ni ladraban.» Decíase á voz en cuello que la declaracion de la Infallibilidad estaba reclamada por la pereza de esos obispos y por su indiferencia y por sus debilidades, y por sus transacciones, y por



su sofistería, y por sus serviles complacencias con los poderosos del mundo. El Papa no quería saber nada de los programas contra la infalibilidad, y cuando se los llevaron, arrojólos con menosprecio bajo su mesa. Decía que sobre los preparativos del Concilio reinó el mayor silencio y se guardó el mayor sigilo porque los preparadores eran prelados romanos, amigos de su persona, familiares de su casa, partidarios de su causa, pero desde el punto en que entraron los obispos extranjeros, los obispos franceses y sobre todo alemanes, los espesos velos se rasgan, los misterios religiosos se disipan, el secreto se viola, y el mundo sabe lo que sucede y lo que no sucede, con general extrañeza y aun escándalo de la cauta y política Roma.

El mal humor del Papa se agravaba por momentos. La resistencia del Concilio le enfurecía hasta el desvarío. Sacerdote hubo que creyó recibir algún golpe de su báculo y que cayó en cama después de una entrevista en que S. S. le aplicó fortísima reprimenda. Cuando no podía otra cosa tomaba á broma las sesiones y dirigía sangrientos epigramas á los obispos. Gran latinista, relase á mandíbulas batientes, de los barbarismos y solecismos cometidos por el Espíritu Santo en los discursos conciliares. Uno de los obispos había dicho que Colon *discooperuit Americam*, es decir, despeinó á América. Otro había citado en favor de los Concilios el nombre de San Gregorio Nacianceno, acérrimo enemigo de estas piadosas asambleas. Y el Papa se reía de todos. Pero á veces no se contentaba con reírse y hacia más, amenazaba, y casi casi pegaba. El conflicto con uno de los patriarcas orientales, lo prueba claramente. El patriarca había propuesto en toda regla dos sacerdotes para las sedes vacantes de Diarbekir y de Mardin, y el Papa los nombró. El Patriarca dijo luego que deseaba se les cambiara de silla y el Papa los cambió. Pero, hecho esto, cayó en la cuenta el Patriarca de que había abdicado facultades esenciales á su ministerio,

y de que había perdido una autoridad escrupulosamente conservada por sus predecesores. Y así decidió no consagrar jamás á tales obispos. El Papa, al ver tal resistencia, llegó á enfurecerse como un demente. Sus cortesanos, conocedores de las extremas violencias á que suelen darse los caracteres dulces cuando se exaltan y ensoberbecen, recurrieron al Patriarca para que se plegara buenamente al Papa. El Patriarca respondió que no quería en ninguna manera reconocer invasiones contrarias al espíritu y á la letra de los cánones de su antigua Iglesia de Oriente. El Papa, airado hasta el mayor extremo, reunió á los dos obispos nombrados y al Patriarca resistente en su despacho del Vaticano. Apenas había entrado este último cuando, sin aguardar á que los domésticos cerrasen la puerta, la cerró él mismo con violencia, echó la llave con estrépito; y se dirigió al prelado oriental diciéndole que saldría de allí sometido ó depuesto, y recordándole que además de Papa de la cristiandad con anatemas espirituales, era rey de Roma con esbirros, calabozos y tormentos. El Patriarca perdió casi el habla, casi la luz de los ojos, plegó las manos en ademán suplicante y sintió que le flaqueaban las rodillas y que se le iba la cabeza. El Papa, severo, inflexible, le mostró los dos obispos conjurándole á que los consagrara inmediatamente, ó en el caso contrario á que firmara su dimisión ya formulada y escrita en un papel que iracundo le lanzaba sobre el rostro. El Patriarca se negaba con tenacidad. Y volviendo en sí el Papa le presentó un compromiso de obediencia para que lo firmase. El Patriarca pidió un plazo de tres días. Temiendo el Papa que en esos tres días escapara de Roma, negóse al plazo y tornó á presentar el compromiso. El Patriarca tomó una pluma temblando como azogado, empezó á escribir como si escribiera palotes y se detuvo antes de terminar la firma. El Papa le preguntó por qué causa se detenía.—«Porque la pluma va mal,»—dijo el Patriarca. Inmediatamente le

entregó un cortaplumas, le hizo firmar el compromiso de obediencia, mandó á su policía secreta que lo siguiera y lo celara, y obtuvo por estos medios persuasivos y apostólicos una completa victoria. Así no es maravilla que muchos obispos orientales cayeran en cama el día de la audiencia del Papa por temor de que les sucediese el tristísimo desaguisado del gran Patriarca caldeo, que se encontró perdido y despojado por las increíbles violencias del Pontífice.

El obispo de Orleans, á pesar de semejantes extremos del Papa, insistía en su negativa á reconocer la oportunidad de la declaración. Por esta misma causa, por haberla tachado de importuna, exigían los ultramontanos que se promulgara. «*Quod inopportunitum dixerunt, necessarium fecerunt,*» exclamaba uno de los más exaltados obispos. Los opositores separapetaban, como en refugio último, en lo necesario de la unanimidad moral para que el nuevo principio tuviese fuerza y carácter de antiguo dogma. Pero el Papa amenazaba á los tímidos y ganaba á los vacilantes. Monseñor Spalding, que vino de lejos animado por evangélico celo contra los exagerados y los violentos, cambió de opinión en cuanto tuvo una plaza en las grandes comisiones y una entrevista con el Papa. Los obispos de la América del Norte tuvieron una ocurrencia que hizo reír á toda la cristiandad. Idearon celebrar un *meeting* religioso para conocer la opinión de los congregados, como si las orillas del Tíber que arrastra tantos dioses muertos, fueran como las orillas del Potomac que exhala tantas ideas vivas, y el trono autoritario de San Pedro como la tribuna republicana de Washington. El obispo inglés, exageradísimo papista en sus largas luchas con los antipapistas, fué solemnemente desautorizado por Newman, el más grande y más ilustre de los teólogos británicos. Este escritor, discípulo de Oxford, secretario un día de la iglesia evangélica, secretario más tarde de la iglesia anglicana, donde ocu-

pó tan altos puestos y consiguió tan renombrados triunfos, autor de la obra de los arrianos en el siglo cuarto, que predicaba con fé tan firme la divinidad de Cristo á un mundo completamente racionalista, amigo del doctor Pusey que ha impulsado á tantos ingleses á entrar en el seno de una iglesia semi-católica; converso á los piés del Papa y en la misma Roma á la plena fé romana por la cual escribió tantos libros, pronunció tantos sermones é hizo tantos esfuerzos, sentíase descorazonado, triste, apenadísimo, viendo que los Concilios antiguos se habían reunido para conjurar los peligros y el Concilio Vaticano para aumentarlos, para salvar á la Iglesia y el Concilio Vaticano para perderla. El doctor Michaelis formulaba el pensamiento de toda Alemania cuando decía que la declaración de la infalibilidad era una obra de sutileza y de mentira, cuyo éxito era deplorable reacción jesuítica contra el espíritu liberal de la Iglesia, indecible calamidad para la civilización y para el cristianismo. El cardenal Schwarzenberg se elevaba á la más alta elocuencia. Su voz tenía algo de la majestad de los profetas y de las tempestades del Sinaí. Su pensamiento recordaba que había contribuido á la fundación de la Iglesia no sólo San Pedro, el apóstol que más se parece á Judas, el que negó á Cristo en la hora de su pasión y de sus tristezas; el judío de estrechísimo sentido que no quería apartar la nueva iglesia de la antigua sinagoga, sino también el gran apóstol de las gentes, el gran reconciliador de todas las razas, semita por su origen, griego por su educación, romano por su dignidad y por su derecho, que había visto la antigua fé apagarse en las reverberaciones del desierto y la nueva fé surgir en las tempestades de la conciencia y que desde aquel punto, desde aquella hora solemne había prescindido de todo el egoísmo judío y condenado todo rito de secta abriendo la nueva á todos los hombres, á todas las razas, á todos los continentes para fundar la verdadera



comunidad de la humilde criatura con su divino creador. Hizo más el sábio obispo. Recordó las desgracias de la Santa Sede por su empeño en traspasar los límites señalados á su autoridad y á su poder. Dijo que así como Bonifacio VIII había visto su palacio invadido, su trono asaltado, su persona desacatada y su megilla herida muriendo como fiera que los cazadores acorralan por haber demandado y querido el supremo dominio sobre todas las protestades temporales, Pio IX podía verse á su vez expulsado de la conciencia humana y del humano espíritu, convertido en ludibrio de las gentes, olvidado de los mismos que antes le adoraban por pretender lo que ningun hombre puede alcanzar, la infalibilidad y la impecabilidad de Dios. Strossmayer no se dió por vencido y tornó nuevamente á la tribuna del Concilio para sostener la inoportunidad del dogma. Mucho se había hablado de este orador. Los liberales poníanlo en las nubes y los ultramontanos le censuraban fuertemente. Había de todos modos facilidad en su decir, cadencia en su entonación, calor en su sentimiento. Fuerza en su palabra. Aunque los obispos italianos y españoles hablaban un latín, no diré más puro pero sí más eclesiástico, Strossmayer, como buen húngaro, acostumbrado al empleo diario de la lengua latina, hablábala con pasmosa facundia y aun con gracia. Sin embargo, los prelados romanos se reían mucho de este su latín, y recordaban que cierto pedante decía que los prelados en el extranjero celebraban la misa *cum pantalonibus* y que el latín de Strossmayer era también latín *cum pantalonibus*. De todos modos su palabra impresionaba fuertemente, puesto que tenía la misma fuerza de su razonamiento.

El Concilio contaba estas fracciones: primera: ciento cuarenta obispos enemigos de la Infalibilidad, los más ilustres por su ciencia, los más admirados por sus virtudes, los representantes de las naciones más poderosas y de las mayores diócesis: cincuenta carde-

nales que como buenos cortesanos del Pontífice, tenían que votar la divinidad pontificia: cien vicarios apostólicos revocables y pendientes todos por ende del arbitrio de la Santa Sede: cincuenta generales y abates mitrados de las órdenes monásticas todas conversas al más exagerado ultramontanismo: ciento de esos obispos de la Propaganda poseedores de sillas fantásticas é imposibles: doscientos setenta italianos, de los cuales ciento cuarenta y tres eran vasallos políticos del Papa, habitantes de los antiguos Estados romanos. Total, quinientos ochenta votos á favor de la peligrosísima innovación que tantas tinieblas debía arrojar sobre el mundo y tantos dolores sobre la Iglesia.

Pero sea de esto lo que quiera, es indudable, indudable; los verdaderos salvadores de la Iglesia, eran aquellos que, no pudiendo reformarla, trabajaban por no convertirla en cómplice y guía de la reacción universal. La elocuencia de Strossmayer podía ser más ó menos ardiente, más ó menos literaria, más ó menos latina; pero en realidad era profundamente previsora y próspera. Para mantener el ideal religioso, no hay que seguir los errores condenados ya por la conciencia humana. Un absolutismo, que se extienda desde el espíritu al suelo; un hombre que se divinice, una sociedad que se petrifique; la idolatría materialista; el egoísmo llevado á sus últimos extremos; la coacción moral, sustituida por la fuerza y por la violencia, no puede reformar de ninguna manera la sociedad presente. Para reemplazar un ideal viejo y gastado, es necesario sustituirle otro ideal más progresivo y más humano. La infalibilidad del Papa era la apoteosis, la divinización de un hombre. Y francamente, en este sentido más fundamental, más razón tiene cualquiera de los sistemas utópicos que sostienen la divinización de la humanidad.

Los Obispos opositoristas gritaban, como naufragos, y nadie les oía. El cielo estaba sordo á sus clamores. El Cardenal Swazem-

berg evocaba la sombra de aquel mártir de Bohemia, predecesor ilustre de Lutero; de aquel elocuentísimo profeta, cuyo sepulcro se ha convertido en altar, y cuyo nombre contiene el espíritu de un pueblo entero, el cual todavía maldice á los que persiguieron y quemaron en el Concilio de Constanza, al sublime redentor. Monseñor Maret, expresó la angustia de la iglesia galicana, amenazada de muerte, y sus palabras fueron tan graves, y sus quejas tan profundas é intensas, que levantaron sordo rumor en la mayoría del Concilio, servil cortesana del Papa. El Obispo de Orleans alzó los ojos y las manos al cielo, evocando, no tanto el Espíritu de Dios, como el espíritu de Bossuet, para salvar y conducir á seguro puerto la iglesia de su patria.

Inútiles, desesperados esfuerzos. El Papa había decidido ser infalible, y era necesario concederle á toda costa la infalibilidad. El mes de Julio de 1870 mediaba, y á medida que se oscurecía la conciencia humana, y se desplomaban sobre los altares de Cristo nuevas, pesadísimas tinieblas, la tierra occidental de Europa, iba á ser como un lago de sangre, el suelo occidental de Europa, iba á ser como un voraz incendio. Nuevas irrupciones de gentes germánicas, rompían por los límites de las antiguas familias latinas; y en vez de haber á la cabeza del mundo una Iglesia con autoridad y con fé, había una Iglesia forjadora de cadenas y caída en las garras del Cesarismo. La angustia era tanta, que los obispos de la oposición ignoraban el partido que debían tomar. Unos proponían votar en contra, y proponían otros ausentarse. Por fin, tomaron esta resolución. Al leerse definitivamente la fórmula de la infalibilidad, encontré que la habían adulterado tristemente, agravándola más, aunque era de suyo profundamente grave. De suerte que ni siquiera se proclamó tal como la había votado la Asamblea. Era, pues, dogma de fé que el Papa te-

nia el don de la infalibilidad, y sus decretos el carácter de irreformables.

La ceremonia misma de la promulgación, pareció un gran entierro. Las sillas más distinguidas estaban vacías; los obispos más ilustres se habían partido. Doscientos dejaron á Roma en un solo día. Era aquella la verdadera viudez de la Iglesia. Más que un apolo-gista, necesitaba la ciudad de Dios, la esposa de Cristo, un Jeremías, que llorase sobre su soledad; su santuario caído, sus piedras dispersas como los huesos de destrozado cadáver, sus sacerdotes errantes, su templo asaltado por sus eternos enemigos, y su nombre convertido en ludibrio del mundo. Dos obispos, sólo dos obispos, tuvieron el valor necesario para oponer el *non placet* á la ambición de los Papas: un Obispo de la vieja Italia, y un Obispo de la joven América. A medida que la votación adelantaba, espesábanse las tinieblas; y á pesar de ser pleno día y pleno estío, entraba la noche por las puertas y las ventanas de San Pedro; noche no tan oscura ni tan espesa como la que avanzaba sobre el humano espíritu. Cuando el Papa acabó de leer su propia apoteosis á la luz mortecina de vacilante cirio, siniestro relámpago inundó toda la Basílica, y largo trueno resonó en el firmamento, como para recordar á los dioses de la tierra, que todavía era él Dios de los cielos. La lluvia caía á torrentes; los frailes gritaban como energúmenos, y el pueblo romano se había ausentado como siempre. El Papa, decía que el Concilio tuvo tres períodos; el primero, en que todo lo embrolló el diablo; el segundo, en que todo lo embrollaron los hombres; y el último, en que todo lo aclaró Dios. Y sin embargo, si desde lo alto del Vaticano, tornara los ojos en aquel momento hácia los límites del horizonte, viera venir ya las huestes que corrian desaladas á pedirle cuenta de su largo despotismo y á derribar en el polvo su frágil corona de monarca.